

CRONICA DE HISTORIA NATURAL

16.--Las sequoias de Ayete

El Palacio de Ayete (1), en el extenso parque que lo rodea, posee una variada colección de hermosos árboles lo mismo autóctonos, del país vasco o del contorno peninsular, que exóticos, de lejanas tierras ultramarinas. El pasado año de 1953, un fuerte corrimiento del terreno provocó la caída de algunos de los más espléndidos ejemplares, entre los que se hallaban representantes del roble, del olmo, del castaño y un esbelto tulipán de Virginia (*Liriodendron tulipifera*), especie afín a la magnolia. Al mismo tiempo que se extraían de allí estos gigantes derribados, se aprovechó la ocasión para quitar también otros que habían quedado secos por diversas causas.

Entre estos últimos, se destacaban por sus grandes dimensiones, lo mismo en el ancho de su diámetro que en el largo de su fuste, dos ejemplares de *Sequoia gigantea* End. Esta especie es originaria de California, en donde, bajo las condiciones óptimas que allí tienen, alcanza alturas increíbles y correlativamente, espesores sorprendentes. Es clásica la estampa de estos gigantes, el mayor de los cuales, ya desaparecido, alcanzó cerca de los 135 metros, cruzados por una carretera que atraviesa su tronco. Se conservan todavía cerca de cien que pasan también el centenar de metros de altura. Las medidas efectuadas en los dos ejemplares de Ayete dieron las siguientes cifras: uno tenía un metro de diámetro y 3,14 de perímetro a la altura del pecho de un hombre y en la base pasaba de 1,50 metros de diámetro y 4,70 metros de perímetro. Su altura era de 27,50 metros, medida bastante exacta realizada una vez apeado el árbol. El otro ejemplar, de dimensiones transversas algo menores, dió una altura también menor, de 26,60 metros. Es típica de las sequoias esta forma "neiloide" de su tronco, cilíndrico en toda su longitud pero que se ensancha rápidamente hacia la base, poco antes de hundirse en la tierra y ceder su puesto a las potentes raíces que lo sustentan.

Para darnos cuenta de la considerable estatura de nuestros sequoias de Ayete podremos compararlos con un edificio cuyos pisos

(1) Situado en las cercanías de San Sebastián (nota de MUNIBE).

fueran de tres metros y medio de altura: el uno llegaría al octavo piso; el otro al séptimo. Debemos estimar sorprendente esta altura excepcional, teniendo presente las condiciones climáticas de nuestro país, tan distintas a las del originario de California y que nos llevan a suponer que de haber seguido viviendo, estos ejemplares hubieran superado, acaso, a otros ejemplares, ya célebres por su tamaño, que existen en los jardines de La Granja (Segovia).

En uno de ellos atribuimos su muerte al rayo, porque en su tronco se apreciaba una veta carbonizada y si bien no debió extinguirse en seguida, su vida fué languideciendo hasta secarse por completo. En el otro ejemplar es difícil averiguar la causa de su muerte, ya que no se apreciaba ninguna causa externa, física ni biológica, de enfermedad producida por insectos, hongos, etc.

De este último mandamos preparar un disco, que ha pasado a formar parte de la "Colección de Maderas" de la Sección de Botánica del Museo de Ciencias Naturales del País Vasco, instalado en el Museo Municipal de San Telmo de San Sebastián.

Conocida de todos es la admirable disposición en anillos concéntricos que presenta la madera de los árboles, formados año tras año y separados netamente unos de otros. En nuestro ejemplar, un rápido examen de sus anillos nos hace contar hasta noventa de éstos y deducimos así que, por lo menos, el coloso había alcanzado cerca de los cien años, edad, sin embargo, muy temprana y se recuerda que en California se han contado hasta cerca de los tres mil anillos y que esta misma cifra se ha registrado en los secuoiás fósiles hallados en Europa central.

Es interesante anotar aquí algunos datos sobre las secuoiás de Ayete que debemos a la amabilidad de don Alfredo Peña Ducasse. Según el señor Peña, su abuelo, don Pedro Ducasse, jardinero mayor que fué del Ayuntamiento de San Sebastián, hizo la plantación de varios árboles, entre los que se contaban las secuoiás, en el parque del Palacio de Ayete, solicitado por su entonces propietario, el buque de Bailén. La fecha más probable de la plantación la calcula el señor Peña de los veinte a los veinticinco años antes del 1875, año durante el cual el señor Ducasse vivía en el mismo Palacio y bajaba a la ciudad con las precauciones impuestas por la guerra civil. Este dato verifica así la edad resultante de la cantidad de anillos contados hasta ahora en el disco de la secuoiá y muestra la regularidad con que estos árboles han ido formándose hasta llegarles la muerte por accidente.

Las secuoiás corresponden al grupo botánico que incluye también otras especies de su gigantesco porte; por su aspecto general, por sus finas hojas apizarradas, son afines a los cipreses y a las tuyas.

Su madera, oscura y dura, es muy apreciada. En su tierra de origen, California, después de una época de indiferencia y brutal tala, se hallan protegidos, como monumento nacional, por las leyes del Estado. Tan hermosos árboles merecen, en efecto, esta medida extrema porque, lo mismo que muchas otras especies, lo mismo de vegetales que de animales, son los últimos representantes, a modo de "fósiles vivientes", de los géneros que vivieron en remotísimas épocas geológicas, durante las cuales poblaban países situados mucho más al norte de California. Se han hallado restos de formas afines en los sedimentos del período cretácico de Groenlandia o en los terciarios de Alemania. Para los naturalistas, la sequoia es así un árbol sagrado, lo mismo que el *ginkgo biloba* y tantos otros, también supervivientes de épocas geológicas anteriores a la humana. El ginkgo, como se sabe, es árbol sagrado en China, donde adorna la entrada a los templos.

Si ya todas estas especies, en trance de extinción natural, han llegado a merecer la protección de los gobiernos de las naciones cultas, urge también que se declaren monumentos nacionales, propiedad sagrada, los ejemplares representantes de especies indígenas que un día formaban selvas y daban el carácter al paisaje de la tierra vasca, y hoy son talados sin contemplación y, por desgracia, se convierten en simples objetos de diversión, víctimas de una apuesta de aizkolaris. La moda deportiva que se agudiza cada vez más, trata de buscar entre las hayas, los robles, los castaños, típicos árboles de nuestro país, los ejemplares más gruesos para destinarlos al estúpido sacrificio, en vez de ser mimados, cuidados, admirados y convertidos en lugar de peregrinación de los amantes de la Naturaleza, como ocurre en otras partes del mundo. En nuestro Museo conservamos, como recuerdo de su noble grandeza, los discos de las hayas, varias veces centenarias, *Artagoitzko pague* y *Airoko pague*, víctimas del hacha deportiva. La primera, sacrificada en Marquina y la segunda en Deva durante el verano de 1949.

De suma urgencia es que nuestro Grupo consiga despertar en el ánimo de todos, en el de los mismos aizkolaris sobre todo, el amor a los mejores ejemplares, a los más altos y robustos de nuestras especies arbóreas, que son glorias propias del país, como los postreiros testigos de una frondosa vegetación muchas veces milenaria, que cubría montes y valles y que ahora desaparece con triste rapidez ante la más absoluta indiferencia general.

Ernesto ALBERICH